

# Las «ficciones críticas» de Pascal Quignard

*Dominique Viart*

«Espero que ya nunca más ficción y pensamiento marchen separados»<sup>1</sup>, declaró Pascal Quignard a propósito de *Último reino*<sup>2</sup>. Intentaré evocar en su obra esta implicación. En efecto, Pascal Quignard se sitúa entre dos elementos indecibles de cierta práctica contemporánea que hace dialogar a la crítica con la ficción. La escritura contemporánea conversa, dialoga doblemente con una cultura que alguna modernidad programática había desprendido de su propio impulso con otras florecencias del pensamiento que son, desde fines del siglo XIX, las ciencias humanas. Michel Rio declara que «las hijas matricidas que hemos convenido en llamar Ciencias Humanas»<sup>3</sup> dieron un golpe fatal a la novela. Si hubo un tiempo, no tan lejano, en el cual la paralizaron con la experimentación de teorías previas, hoy son las compañeras de ruta crítica de la ficción. Desde luego que la novela se escapa de los encuadres académicos de lo novelesco –salvo entre algunos sectarios nostálgicos de lo que fue–. La modernidad, por su parte, ya había removido bastante las formas y las prácticas. Lo que hoy importa –mucho más allá de la mera novela, y en Pascal Quignard, tal vez, más que en cualquier otro– no atañe solamente a investigar los límites formales de la escritura ni someterla a una mejor dicción de sus objetos sino a una inédita articulación entre la invención ficticia y el pensamiento crítico.

## **Ficciones críticas**

La relación entre ficción y reflexión no es, por otra parte, un vínculo de ilustración o servidumbre sino de confrontación, intercambio y colaboración. En el sentido etimológico del término: ficción y reflexión *trabajan juntas*. Pascal Quignard recuerda la fórmula de Freud según la cual «la fuente del pensamiento es la alucinación. En alemán,

<sup>1</sup> *Pascal Quignard: Pascal Quignard le solitaire. Rencontre avec Chantal Lapeyre-Desmaison, Paris, Flohic, 2001. P. 211. De ahora en adelante será citado con la abreviatura LS seguida del número de la página.*

<sup>2</sup> *Pascal Quignard: Dernier royaume, tres volúmenes, Paris, Grasset, 2002.*

<sup>3</sup> *Michel Rio: Mélancolie nord, Paris, Balland, 1982.*

*Ersatz*. En latín, espíritu se dice *mens*, de donde viene el verbo *mentiri*» (LS, 136). Al decir que la literatura contemporánea se entretiene conversando, también quiero dar a entender que ha escogido no elegir su lugar en el espacio disociado de los géneros. Circula dentro del pentágono del espacio genérico, entre la autobiografía, la biografía y la ficción, entre el ensayo y la poesía. Pascal Quignard ofrece su comentario de *Desligazón* de Maurice Scève, aparecido en 1974, como una «búsqueda embarazosa o disidente desde su mala delimitación como género. Ni filosofía, ni ensayo literario, ni poesía» (LS, 86). Por lo mismo, alaba las «biografías imaginarias que ofrecen una consistencia y un orden que nos consuelan del caos o del conflicto en que nos debatimos cada día»<sup>4</sup>.

Semejantes entrelazamientos son proporcionales a la importancia que ha adquirido en estos últimos años el cuestionamiento de las divisiones genéricas, que suscitó una cantidad de intentos de refundación o de reformulación de categorías removidas por la emergencia de múltiples formas de hibridación<sup>5</sup>. Entonces: se trata de un elemento suficientemente nuevo como para que se lo subraye, dado que esas formas híbridas no surgen hoy de una decisión estética, como fue mayormente el caso del poema en prosa, el verso libre y otras formas innovadoras promovidas por las diversas vanguardias, sino de una elección de naturaleza epistemológica. Los definidos límites de los géneros no alcanzan ya a circunscribir los modos de aproximación a las cuestiones que en ellos se despliegan, pues la ficción se ha aproximado considerablemente al ensayo en varias disciplinas hasta el punto de dar lugar, según lo señala Gilles Philippe en la apertura de un reciente coloquio, a unas problemáticas más generales en las cuales «los filósofos se interrogan sobre el estatuto ficticio de la postura filosófica, los sociólogos sobre el lugar de los novelescos en sus trabajos, los etnólogos sobre cuánto debe su escritura a la herencia de los relatos literarios»<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Pascal Quignard: «La desprogramación de la literatura. Conversación con Pascal Quignard», *Le Débat*, n° 54, marzo-abril de 1989, página 78. De ahora en adelante será citado con la abreviatura *D* seguida del número de página.

<sup>5</sup> Ver, entre otros, después de los estudios estructurales de la década de 1970: Jean-Marie Schaeffer: *Qu'est-ce qu'un genre littéraire?*, Paris, Seuil, 1989; Dominique Combe: *Les genres littéraires*, Paris, Hachette Supérieur, 1992; Marc Dambre y Monique Gosselin (dir.): *L'éclatement des genres au XXème siècle*, Paris, Presses Universitaires Paris III, 2001; Robert Dion, Frances Fortier, Elisabeth Heghebaert (dir.): *Enjeux des genres dans les écritures contemporaines*, Québec, Creliq-Nota Bene, 2001.

<sup>6</sup> Gilles Philippe (dir.): *Récits sur la pensée, études sur le roman et l'essai*, Paris, SEDES, 2000, cuarto de cobertura. Ver especialmente Gilles Philippe: «Note sur le statut argumentatif des textes romanesques», en *ibidem*, páginas 13/22.

Tal reflexión prueba que no basta con sostener una meditación sobre la hibridez genérica entre lo ficticio, lo biográfico y el ensayo. Lo que está en juego es un envite crítico en el sentido fuerte de la palabra, lo que no se resuelve en las formas de las escrituras «mixtas» sino que compromete la forma misma de concebir un texto. La dimensión hoy dominante en numerosos textos es aquella por la cual se cuestionan, en medio de sus propia crisis, las condiciones de posibilidad de todos los saberes, de toda apropiación cognitiva, ciertamente del sujeto, pero también de la historia, del ser y del vínculo social, del devenir individual o colectivo, del acto creador, etc.<sup>7</sup>. Entonces, y es otro hecho nuevo, esas condiciones de posibilidad son interrogadas por la mediación de críticas y reflexiones literarias, retóricas, biográficas, sociohistóricas, antropológicas, psicoanalíticas, etc., todas a la vez.

En literatura, este fenómeno se significa por la insistente irrupción concertada de las diversas ciencias humanas en la escritura de ficción. Concertada porque aparecen juntas y no separadas como lo fue en otro tiempo<sup>8</sup>. Además, la ficción no se limita ya a tomar estas disciplinas como modelo para su propio desarrollo. Entra en diálogo con ellas, las ausculta en lugar de ilustrarlas o servir las. Así es como la ficción deviene no sólo un lugar donde las ciencias humanas son interrogadas sino un espacio donde se sitúa la problemática cuestión de sus vínculos. Numerosos son así los textos que, explícitamente o no, se eligen como intercesores, hasta como interlocutores, de las obras mayores en el dominio de las ciencias humanas y entrecruzan estas referencias con un amplio uso crítico de la herencia literaria. Deshaciendo su anclaje ficticio aunque sin abandonarlo, la escritura propone entonces sus «ficciones críticas». De ahí el título de mi propuesta, en la que se elaboran verdaderas renovaciones epistemológicas. Quisiera evocar algunos de estos aspectos a propósito de Pascal Quignard.

## Arqueología de la prerracionalidad

Pascal Quignard es muy reticente en cuanto a las categorizaciones del pensamiento y la escritura: «Las categorías (cuentos, mitos, leyen-

<sup>7</sup> Ver, por ejemplo, las narraciones de Jean Rouaud (*Des hommes illustres*, Paris, Minuit, 1993), Olivier Barbarant (*Douze lettres d'amour au soldat inconnu*, Seyssel, Champ Vallon, 1993), Danièle Sallenave (*Viol*, Paris, Gallimard, 1997), François Bon (*Impatience*, Paris, Minuit, 1998; *Parking*, Paris, Minuit, 1996), Olivier Rolin (*Tigre en papier*, Paris, Seuil, 2002), Pierre Michon (*Vies minuscules*, Paris, Gallimard, 1984), etc.

<sup>8</sup> Por ejemplo, el psicoanálisis en Pierre-Jean Jouve (*Aventures de Catherine Crachat*), la fenomenología en Jean-Paul Sartre (*La nausée*), el determinismo histórico en Paul Nizan (*Antoine Bloyé*).

das, novelas, etc.), los análisis (filológicos, textuales, estéticos, psicoanalíticos, etc.) son complicadas trampas que el cazador puede poner o no en sus alforjas: nada nos dicen sobre su presa»<sup>9</sup>. La fórmula señala con claridad que el pensamiento circula libremente de una disciplina a la otra, de una forma de escritura a otra, sin detenerse ante los límites que se han podido construir entre ellas; sobre todo, dice claramente que si el intelecto conserva los instrumentos conceptuales que se le ofrecen, no se sirve de ellos en provecho de un discurso analítico sino que trata de hacerlos trabajar de otro modo, metaforizado por la caza. El citado pasaje de *Retórica especulativa* pone en evidencia la articulación que establece el escritor entre su desconfianza por todo pensamiento categorial y uno de los paradigmas hermenéuticos de los cuales se vale para escapar al divisionismo con que ellos operan: la depredación, la cacería. Otro paradigma, movilizado con la misma fuerza, o tal vez más, sería para el escritor, en los confines de la depredación y de una arcaica sacralidad, lo sexual, del cual en *El sexo y el espanto*<sup>10</sup>, junto con otros ejemplos, da un ejemplo sustancial: «La narración humana sexualizada responde quizás a una suerte de prerracionalidad necesaria, específica y confusa» (D, 79). Entonces: la sexualidad engendra a la vez afasia, fascinación y conmoción, es decir que es a la vez quebrada por un movimiento pulsional y una defeción del lenguaje con caída de las categorías mentales.

Es esta prerracionalidad la que Quignard quiere que se escuche y se entienda en los depósitos más ignorados de nuestra cultura. Ello pasa por la reconstitución de ese relato humano, tomado a rachas y en fragmentos, restituido por la colaboración de la invención y la cultura – erudición y ficción– que sostiene la obra quignardiana. Los dos modelos ampliamente invocados por Quignard para hacerlo –sexualidad y depredación– se alimentan de la reflexión antropológica, tanto o más que de la frecuentación de las costumbres antiguas a la cual el escritor se da con gusto. Las dos, reflexión antropológica y restitución de las costumbres antiguas, solicitan la imagen, sea que se trate de pinturas prehistóricas, mosaicos, vasos o cuadros. Y estas imágenes son recibidas y elaboradas por Quignard como otras tantas estaciones, detenciones o instantáneas del relato latente hacia el cual encamina sus esfuerzos. Sus

<sup>9</sup> Pascal Quignard: *Rhétorique spéculative*, Paris, Calmann-Lévy, 1995, página 198. De ahora en adelante será citado por la abreviatura RS seguida del número de páginas.

<sup>10</sup> Pascal Quignard: *Le sexe et l'effroi*, Paris, Gallimard, 1994. Hay traducción al español: *El sexo y el espanto*, por Ana Becciu, Minúscula, Barcelona, 2005.